

MARTÍN LUIS GUZMÁN

# La sombra del Caudillo





Martín Luis Guzmán (1887-1976). Nació en Chihuahua. Fue escritor, periodista y diplomático. En los años revolucionarios se sumó a las filas de Pancho Villa. Sufrió cárcel y vivió en el exilio en España. Noventa años después de su primera edición, *La sombra del Caudillo* se sostiene como una de las más grandes novelas mexicanas.



LETRAS MEXICANAS

**La sombra del Caudillo**



MARTÍN LUIS GUZMÁN

# La sombra del Caudillo



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, FCE-Secretaría de Cultura de la Ciudad de México, 2019  
Segunda edición (Letras Mexicanas), 2019

[Primera edición en libro electrónico, 2020]

---

Guzmán, Martín Luis

La sombra del Caudillo / Martín Luis Guzmán. – México : FCE, 2019.

176 p. ; 23 x 17 cm

ISBN 978-607-16-6586-7

1. Novela mexicana 2. Literatura mexicana – Siglo XX 3. Historia – México – Revolución I. t.

LC PQ7297

Dewey M863 G697s

---

D. R. © 1985, Fondo de Cultura Económica  
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México  
[www.fondodeculturaeconomica.com](http://www.fondodeculturaeconomica.com)  
Comentarios: [editorial@fondodeculturaeconomica.com](mailto:editorial@fondodeculturaeconomica.com)  
Tel.: 55-5227-4672

Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

**ISBN 978-607-16-6586-7 (rústico)**

**ISBN 978-607-16-6550-8 (electrónico-pdf)**

Hecho en México • *Made in Mexico*

## ÍNDICE

- Libro primero. Poder y juventud* • 11
- Libro segundo. Aguirre y Jiménez* • 37
- Libro tercero. Catarino Ibáñez* • 55
- Libro cuarto. El atentado* • 81
- Libro quinto. Protasio Leyva* • 114
- Libro sexto. Julián Elizondo* • 138





# LA SOMBRA DEL CAUDILLO



LIBRO PRIMERO

## Poder y juventud

### I. ROSARIO

El *Cadillac* del general Ignacio Aguirre cruzó los rieles de la calzada de Chapultepec y, haciendo un esguince, vino a parar junto a la acera, a corta distancia del apeadero de Insurgentes.

Saltó de su sitio, para abrir la portezuela, el ayudante del chofer. Se movieron con el cristal, en reflejos pavonados, trozos del luminoso paisaje urbano de aquellas primeras horas de la tarde —perfiles de casas, árboles de la avenida, azul de cielo cubierto a trechos por cúmulos blancos y grandes...

Y así transcurrieron varios minutos.

En el interior del coche seguían conversando, con la animación característica de los jóvenes políticos de México, el general Ignacio Aguirre, ministro de la Guerra, y su amigo inseparable, insustituible, íntimo: el diputado Axkaná. Aguirre hablaba envolviendo sus frases en el levísimo tono de despegue que distingue al punto, en México, a los hombres públicos de significación propia. A ese matiz reducía; cuando no mandaba, su autoridad inconfundible. Axkaná; al revés: dejaba que las palabras fluyeran, esbozaba teorías, entraba en generalizaciones y todo lo subrayaba con actitudes que a un tiempo lo subordinaban y sobreponían a su interlocutor, que le quitaban importancia de protagonista y se la daban de consejero. Aguirre era el político militar; Axkaná, el político civil; uno, quien actuaba en las horas decisivas de las contiendas públicas; otro, quien creía encauzar los sucesos de esas horas o, al menos, explicarlos.

Por momentos, el estrépito de los tranvías —fugaces en su carrera a lo largo de la calzada— resonaba en el interior del coche. Entonces los dos amigos, forzando la voz, dejaban traslucir nuevos matices de sus personalidades distintas. En Aguirre se manifestaban asomos de fatiga, de impaciencia.

En Axkaná apuntaba una rara maestría de palabra y de gesto, sin menoscabo de su aire reflexivo, lleno de reposo.

Ambos redujeron a conclusiones breves el tema de su charla.

Dijo Aguirre:

—Quedamos entonces en que tú convencerás a Olivier de que no puedo aceptar mi candidatura a la Presidencia de la República...

—Por supuesto.

—Y que él y todos deben sostener a Jiménez, que es el candidato del Caudillo...

—También.

Axkaná tendió la mano, Aguirre insistió:

—¿Con los mismos argumentos que acabas de exponerme?

—Con los mismos.

Las manos se juntaron.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Hasta la noche entonces.

—Hasta la noche.

Y Axkaná brincó fuera del auto con ágil movimiento.

En el esplendor envolvente de la tarde, su figura, rubia y esbelta, surgió espléndida. De un lado lo bañaba el sol; por el otro su cuerpo se reflejaba a capricho en el flamante barniz del automóvil. La blancura de su rostro lucía con calidez sobre el azul oscuro del traje; sus ojos, verdes, parecían prolongar la luz que bajaba desde las ramas de los árboles. Había en la leve inclinación de su sombrero sobre la ceja derecha remotas evocaciones marciales, algo militar heredado; pero, en contraste, resaltaba, en el modo como la pistola le hacía bulto en la cadera, algo indiscutiblemente civil.

Vuelto de cara al coche, dio un paso atrás para que el ayudante del chofer cerrase la portezuela. Luego se acercó otra vez, abrió de nuevo y, asomando la cabeza al interior, dijo:

—Vuelvo a recordarte mis recomendaciones de esta mañana.

—¿De esta mañana?

—¡Vamos! No finjas.

—¡Ah, ya! Lo de Rosario.

—Sí, lo de Rosario... Me da lástima.

—Pero lástima ¿por qué? ¡Pareces niño!

—Porque no tiene defensa alguna, porque vas a echarla al lodo.

—¡Hombre, yo no soy lodo!

—Tú no, se entiende, pero el lodo vendrá después.

Aguirre reflexionó un segundo. Dijo en seguida:

—Mira, te prometo una cosa: yo no pondré nada de mi parte para conseguir lo que sospechas. Ahora, si el “asunto” viene solo, me lavo las manos.

—El “asunto” no vendrá solo.

—Muy bien. Basta entonces con mi promesa.

—No lo creo.

—Sí, hombre, sí. En este caso te lo prometo de veras.

—De veras, ¿cómo?

—De veras..., bajo mi palabra de honor.

“Honor.” Los dos amigos callaron un instante y dejaron fija —atento cada uno a los ojos del otro— la mirada. Por las oscuras pupilas de Ignacio Aguirre pasó entonces el mismo velo de fatiga que poco antes se notara en su voz. En los ojos de Axkaná la claridad tersa se hizo penetrante de pronto, inquiridora.

Fue él quien rompió a hablar primero:

—Perfectamente —y sonreía—, me conformaré. Aunque hablando en plata, el honor, entre políticos, maldito lo que garantiza.

Aguirre quiso replicarle, pero no hubo tiempo. Ya Axkaná, pasando de la sonrisa a la risa, había cerrado de golpe la portezuela y se alejaba hacia los *Fords* de alquiler puestos en fila al otro lado de la calle.

El *Cadillac* empezó entonces a rodar; avanzó hasta la esquina de la avenida Veracruz, y, virando allí rumbo al Hipódromo, se lanzó a toda carrera.

Aguirre iba evocando más y más, conforme la velocidad crecía, la mirada que acababa de fijar en él Axkaná. Evocó sus últimas palabras, su sonrisa; y, casi sin sentirlo, de esa evocación se deslizó a la de Rosario. Mejor dicho: ambas evocaciones fueron una sola, una donde se entretejieron inseparables los dos motivos. Los sentía Aguirre moverse uno dentro del otro; y, dejándose agitar por ellos simultáneamente, se iba hundiendo en un estado de imaginación extraña y de voliciones confusas.

A esa misma hora esperaba Rosario, bajo las enhiestas copas de la calzada de los Insurgentes, el momento de su cita con Aguirre. Era costumbre que duraba ya desde hacía más de un mes, por lo cual el esplendor de la siesta disponía de Rosario como de cosa propia. Paseaba ella de un lado para otro, y la luz, persiguiéndola, la hacía integrarse en el paisaje, la sumaba al claro juego de los brillos húmedos y de las luminosidades transparentes. Iba, por ejemplo

al atravesar las regiones bañadas en sol, envuelta en el resplandor de fuego de su sombrilla roja. Y luego, al pasar por los sitios umbrosos, se cuajaba en dorados relumbres, se cubría de diminutas rodelas de oro llovidas desde las ramas de los árboles. Los tejuelos de luz —orfebrería líquida— le caían primero en el rojo vivo de la sombrilla; de allí le resbalaban al verde pálido del traje, y venían a quedarle, por último —encendidos, vibrátiles—, en el suelo que acababa de pisar su pie. De cuando en cuando alguna de aquellas gotas luminosas le tocaba el hombro hasta escurrir, hacia atrás, por el brazo desnudo y dócil a la cadencia del paso. Otras, en el fugaz instante en que el pie iba a apartarse del suelo, se le fijaban en el tobillo, cuyas flexibilidades iluminaban. Y otras también, si Rosario volvía el rostro, se le enredaban, con intensos temblores, en los negros rizos de la cabellera.

Un lucero se le detuvo en la frente según se tornó a mirar el *Cadillac* de Aguirre, que ya se acercaba. La sombrilla, salpicada toda de luceros análogos, hizo entonces fondo a su bellísima cabeza y la convirtió un momento en virgen de hornacina. Sonrosándola, dorándola, la irradiación luminosa le volvía más perfecto el óvalo de la cara, le enriquecía la sombra de sus pestañas, el trazo de sus cejas, el dibujo de su labio, la frescura de su color.

Ignacio Aguirre la contempló a lo lejos: trascendía de ella luz y hermosura. Y sintió, conforme se acercaba, un transporte vital, algo impulsivo, arrebatado, que de su cuerpo se comunicó al *Cadillac* y que el coche expresó pronto, con bruscas sacudidas, en la acción nerviosa de los frenos. Porque el chofer, que conocía a su amo, llegó a toda velocidad hasta el lugar preciso, para que el auto se detuviera allí emulando la dinámica —viril, aparatosa— del caballo que el jinete raya en la culminación de la carrera. Trepidó la carrocería, se cimbraron los ejes, rechinaron las ruedas y se ahondaron en el suelo, negruzcos y olorosos, los surcos de los neumáticos.

Joven, entusiasmado, sonriente, abrió Aguirre la portezuela. Su ademán no fue de quien va a bajar, sino de quien invita a subir.

—¿Sube usted —dijo— o bajo yo?

Rosario, para responder, levantó la cabeza y la apoyó de lado contra el bastón de la sombrilla: su actitud era así ostensiblemente irónica. La estrella de la frente vino a posársele sobre el pecho.

—Claro que baja usted. ¿Cuándo dejará de preguntarme eso mismo?

—El día que consienta usted en subir.

Y alargó Aguirre una pierna hasta el estribo.

—¿Sí, eh? Pues no será nunca.

Saltó él a tierra y tendió la mano. Ella la aceptó con graciosa contorsión —con la contorsión, muy femenina, muy insinuante con que Rosario gustaba saludar: ligeramente desviados en opuesto sentido, la cabeza y el busto; torcida la muñeca levantado el hombro de manera que el codo mostrase los hoyuelos mientras la mano se entregaba.

Aguirre, a la vez que le oprimía los dedos con fuerza un tanto brutal, preguntó silabeando:

—¿Nunca, dice usted?

La ruda presión de la mano se anulaba en la suavidad acariciadora de la voz. Aguirre conocía por experiencia, el alcance amoroso de tales contrastes.

—¡Nunca! —repitió ella silabeando también y resistiendo, sin parpadear, la mirada de Aguirre, que le daba en pleno rostro.

Pero el reto mudo cesó luego, porque Aguirre, como siempre que se asomaba a los ojos de Rosario, huyó pronto de ellos para no marearse. Sabía, en eso buen militar, que las batallas amorosas sólo se dan para ganarlas, y que no siendo así, el triunfo está en la retirada. Con Rosario, por otra parte, todas las retiradas eran camino de la gloria. Rosario acababa de cumplir veinte años: tenía el busto armonioso, la pierna bien hecha y la cabeza dotada de graciosos movimientos que aumentaban, con insólita irradiación activa, la belleza de sus rasgos. Sus ojos eran grandes, brillantes y oscuros; su pelo, negro; su boca, de dibujo preciso, sensual; sus manos y pies, breves y ágiles. Contemplándola, se agitaban de golpe, como mar en tormenta —Aguirre al menos lo sentía así—, todas las ansias del vigor adulto, todos los deseos de la juventud. Cuando hablaba, sus palabras —un poco vulgares, un poco tímidas— descubrían una inteligencia despierta y risueña, aunque inadecuada, un espíritu sin artificio, que hacían mayor el acicalamiento del cuerpo y el buen gusto del traje. Cuando sonreía, la finura de la sonrisa anunciaba en pleno lo que hubiera podido ser, con mejor cultivo, la finura de su espíritu.

—Muy bien —asintió Aguirre—; entonces, nunca. Nos conformaremos, como hasta aquí, con pasear bajo los árboles de las calzadas.

Rosario, que había cerrado la sombrilla, echó a andar hacia la Colonia del Valle, cual si eso fuera ya cosa establecida por el uso.

—¡Nos conformaremos con las calzadas!... ¿Y le parece a usted poco?

Pero Aguirre no respondió desde luego. Bajo el brazo desnudo de Rosario la tela roja de la sombrilla acababa de entrar en contacto tan íntimo con la piel —allí más blanca, más tierna, más tersa— que la necesidad de participar de aquel roce empezó a hostigar, de un modo obsesionante, al joven ministro.



De allí que se acercara él más a Rosario, como preliminar preciso para contestar mejor a lo que preguntaba ella, y habló. Pero habló al margen de lo que pensaba, como pensó al margen de lo que sentía.

Y así caminaron y conversaron largo rato.

Junto a Rosario, Ignacio Aguirre no desmerecía de ninguna manera: ni por la apostura ni por los ademanes. Él no era hermoso, pero tenía, y ello le bastaba, un talle donde se hermanaban extraordinariamente el vigor y la esbeltez; tenía un porte afirmativamente varonil; tenía cierta soltura de modales donde se remediaban, con sencillez y facilidad, las deficiencias de su educación incompleta. Su bella musculatura, de ritmo atlético, dejaba adivinar bajo la tela del traje de paisano algo de la línea que le lucía en triunfo cuando a ella se amoldaba el corte, demasiado justo, del uniforme. Y hasta en su cara, de suyo defectuosa, había algo por cuya virtud el conjunto de las facciones se volvía no sólo agradable, sino atractivo. ¿Era la suavidad del trazo que bajaba desde las sienes hasta la barbilla? ¿Era la confluencia de los planos de la frente y de la nariz con la doble pincelada de las cejas? ¿Era la pulpa carnosa de los labios que enriquecía el desvanecimiento de la sinuosidad de la boca hacia las comisuras? Lo mate del cutis y la sombra pareja de la barba y del bigote, limpiamente afeitados, parecían remediar su mal color; de igual modo que el gesto con que se ayudaba para ver a distancia restaba apariencias de defecto a su miopía incipiente.

Conforme caminaban y hablaban, Rosario, más baja que él, no le veía tanto el rostro cuanto el hombro, el brazo, el pecho, la cintura. Es decir, que se sentía atraída, acaso sin saberlo, por lo que en Aguirre era principal origen de gentileza física. Y a veces también, hablándole o escuchándolo, Rosario se entregaba a imaginar el varonil juego de la pierna de su amigo bajo los pliegues, caprichosamente movibles, del pantalón. Era, la de Aguirre, una pierna vigorosa y llena de brío.

## II. LA MAGIA DEL AJUSCO

Habían caminado, inatentos a su marcha, desde las últimas casas de la Colonia del Valle hasta los terrenos llanos que bordean el río de la Piedad. El *Cadillac* dio entre tanto un sinnúmero de rodeos y vino a situarse, en espera, al extremo de la última calle transitable.

Ahora Aguirre llevaba a Rosario cogida por el brazo. Ahora las nubes cubrían el sol con frecuencia y mudaban, a intervalos, la luz en sombra y la sombra en luz. La tarde, aún moza, envejecía a destiempo, renunciaba a su brillo, se refugiaba tras el atavío de los medios tonos y los matices.

Con el contacto de su desnudez, el brazo de Rosario estimulaba en Aguirre el cinismo mujeriego. El ministro preguntó de improviso, imprimiendo a sus palabras naturalidad fingida:

—¿Por qué no se decide usted a ser mi novia de una manera franca y valerosa?

—¡Qué desfachatez! ¿Y tiene usted el descaro de preguntármelo?

—Descaro ¿por qué? No hay que exagerar: nuevas leyes, nuevas costumbres. ¡Supondrá usted que para algo trajimos el divorcio los hombres de la Revolución!

—¡Ah, claro! No lo dudo. Pero no para que ustedes, los revolucionarios, tengan a un tiempo novias y mujeres.

Estas palabras, dichas por ella en un tono casi colérico, estuvieron a punto de dejarle huellas en la mirada y en el gesto. Pero la contrariedad duró poco. Segundos después la actitud de Rosario, subrayándose por contraste, demostraba que la verdad era una sola: que ella abandonaba el brazo desnudo a la mano de él, y que él, más que sujetárselo, se lo acariciaba.

—Tiene usted razón —concluyó Aguirre, seguro de que se entendería el doble sentido de su frase—: mientras seamos amigos de este modo delicioso, el ser novios ¿qué añadiría?

Rosario fingió no oír y habló de otra cosa.

Las palabras de ambos, siempre en torno de un tema único, se desviaban a cada paso para volver a poco, con el refuerzo del nuevo sesgo, al solo punto que les interesaba. En esto era maestro él, y más que él, ella. También gustaba Rosario de ausentarse espiritualmente, o de fingir ausencias, para dejar así cerca de Aguirre, más libre e imperiosa, la realidad de su cuerpo.

Para simular esa tarde lejanías de espíritu, su gran recurso fue el espectáculo de las montañas. La enorme mole del Ajusco se alzaba frente a ella, en el fondo del valle, a grande altura por sobre los arbolados y caseríos distantes. Mientras hablaba Aguirre, miraba Rosario a lo lejos... Estaba el Ajusco coronado de nubarrones tempestuosos y envuelto en sombras violáceas, en sombras hoscas que desde allá teñían de noche, con tono irreal, la región clara donde Rosario y Aguirre se encontraban. Y durante los ratos, más y más largos, en que se cubría el sol, la divinidad tormentosa de la montaña señoreaba